

Monja, poesía y clausura

Jorge Comensal



Fotografías: iStock

SOY ENEMIGO DEL HOMBRE Y DE LOS MOSQUITOS. La existencia de ambos, machos de *homo sapiens* y hembras de *aedes aegypti et al.*, es la prueba definitiva de que el príncipe del mundo se llama Satán. Si el Espíritu Santo es una paloma blanca, el diablo es un mosquito con la saliva henchida de microbios. ¿Por qué? He de contar mi vida para explicarlo. Soy una célebre evidencia.

Nací por cesárea, con anestesia, me sacaron por una herida abierta con instrumentos de acero inoxidable. El hecho de que mi madre me pariera sin dolor fue un desafío. Cuando ella murió tuve el cuidado de asomarme a su vientre para mirar la cicatriz de mi llegada. Nunca olvidaré esa línea atroz, esa blasfemia. Nací, pues, en la primavera de 1976 y desde entonces soy una infiltrada en el reino de los aptos. Darwin, ese dispéptico, nunca previó que yo viviría. O tal vez sí, pues carezco de descendencia. Por eso escribo. Siento la necesidad de crear, de justificarme, de compensar a la Naturaleza por este fraude que mis padres cometieron en connivencia con los empleados del hospital.

Mi educación preescolar se llevó a cabo en una casa regentada por tres monjas. Ellas me enseñaron a sufrir de manera cósmica, a endulzar lo amargo, a mezclar huevo con alcohol y a hacer rompopé (a esto se reduce mi poética). Muchos años después, en plena pubertad, dediqué mi primera composición en verso a una de ellas, la más hermosa de las hermanas. El texto era un bodrio octosilábico que hablaba de rasgar el hábito sagrado de la monja y convertir en gemido aquella voz consagrada al regaño y a la oración. Se llamaba Luz Elena (qué nombre tan ripioso y exacto: lo hice rimar con “pena”, “hiena”, “truena” y “envenena”).

Comencé a imitar a Ramón López Velarde. Imaginen el horror: los versos con acné, las cacofonías imberbes, los onanismos. Me enamoré de una compañera de clase que optó por desdeñarme y acostarse

con un compañero de largo apellido vasco. Nunca le perdoné la grosería de preferir a un descendiente de cavernícolas, a un mestizo de hombre moderno y neandertal. Quedó embarazada. Sus padres la mandaron de viaje a un sitio equivalente a los conventos donde inducían abortos y emparedaban a los productos de la concupiscencia. Mi amada nunca volvió al colegio. En su ausencia desarrollé una misantropía sistemática. Me puse a elucubrar maneras de abortar a nuestra especie. ¿Por qué no me suicidé? La fantasía.

Los mosquitos entran en este punto de la autobiografía como vectores del virus esterilizador que mis científicos japoneses habrían de desarrollar en el laboratorio secreto EDÉN 666, oculto en las entrañas del Tepozteco. Mis lecturas en ese entonces eran novelas de ciencia ficción y poesía de los Siglos de Oro. Dedicué tres años a escribir un poema épico al estilo de *La Araucana*; cantaba el heroico proceso de exterminio, el olvido de los condones, la bancarrota de las jugueterías, el cierre sucesivo de las primarias, los bachilleratos y las universidades, la ola de revoluciones, la adopción de hijos sustitutos cada vez más extravagantes (monos, armadillos, bromelias), la vejez generalizada, los pañales para adultos, el último de los bípedos, el mundo hablado desde ninguna parte, el silencio de las lenguas, el moho sobre la Mona Lisa, el lenguaje de mi poema desquebrajándose como *Altazor*.

Luego entré a estudiar Ciencias Genómicas. Mi propósito oficial era diseñar mosquitos estériles para disminuir sus poblaciones. Me proponía precisamente lo contrario. Pero una viscosa tarde en Cuernavaca recibí la llamada que acabó con mi carrera biotecnológica: “Tu mami ya descansó”, me dijo su tercer marido, que la había cuidado a lo largo de su enfermedad (ese sujeto es evidencia, aunque endeble, de que también existe la bondad). La muerte de mi madre me confrontó con

un reflejo horroroso. No debía matar a los demás sino a mí mismo. Como no tenía ganas de apagarme, quemé mis obras misántropas y escribí un canto lleno de arrepentimiento, vitalidad e incorrección política: *Monja transexual*, libro con el que gané el Premio Aguascalientes. El yo lírico es un sujeto que lleva a cabo todos los procesos quirúrgicos y hormonales necesarios para convertirse en mujer y entrar a la orden de las monjas capuchinas. Poco a poco, su voz poética va siendo más y más influida por la de Sor Juana y el texto termina siendo un pastiche barroco.

El poemario tuvo buena recepción (nada en comparación con la del último). Me invitaron a publicar en revistas y antologías. Mi primer recital tuvo lugar en el marco de la Feria del Libro y la Rosa de la UNAM. Esa noche estuve a punto de perder la virginidad con una joven que admiraba mi propuesta transgresora. Fue la primera vez que me sentí mosquito, hembra, por supuesto, pues sólo las hembras chupan sangre. Mi probóscide estuvo a punto de sumergirse, mas reculé. Soy una monja capuchina, pensé, y esta erección es tan impostora como yo, que nací hombre, que nací falso, que debí haber muerto con todo y mi madre en el parto, como tanto otros inadecuados a lo largo de los siglos. ¿Por qué confieso esto? Porque esa noche, después de abandonar a la joven en el motel, volví a Cuernavaca y escribí los primeros poemas de *Especulante*, mi libro dedicado al orgasmo femenino, del cual yo no sé nada, ya que el orgasmo para mí es una turbación hidráulica, catástrofe de expulsión viscosa color marfil, violencia y alivio prostático, antípoda del terremoto negativo de la mujer. Deconstruyendo la eyaculación pensé en el semen como malaria, dengue, chikungunya, zika, pesadilla tropical que perpetúa una especie que medra por medio de la cultura, que no es otra cosa que hipocresía institucionalizada. Mis versos favoritos de aquel libro son los siguientes: “perro contra la espuma/ pelícano hacia el mar”.

Con este poemario obtuve la beca del Fonca. Abandoné la carrera de Ciencias Genómicas y me dediqué a leer sobre el colapso de las civilizaciones mesoamericanas en la transición del clásico al epiclásico, por ahí del año 900 d. C. Me mudé a Copilco y pasé buena parte del año en la Biblioteca Central. Mis fuentes de energía fueron el café y los tacos de canasta. En el primer Encuentro de “Jóvenes Creadores” me tocó pernoctar con un poeta dionisiaco. Escribía sin palabras esdrújulas ni versos medidos, orinaba el asiento del excusado, entraba a altas horas de la madrugada, beodo, y se echaba a roncar con los zapatos puestos. Ver las sábanas blancas llenas de tierra era una tortura para mí, monja de clóset, limpia de corazón.

Cuando volví al cuarto al final del tercer día del Encuentro, descubrí que mi compañero había dejado abierta la puerta que daba al balcón. Su descuido provocó una invasión de mosquitos. Maté a cuantos pude, pero los más astutos sobrevivieron y se dedicaron a zumbar victoria en mis oídos. Somos, bisbiseaban, los elegidos por la selección natural. Llena de ronchas, mi furia maduró en el insomnio. A las 5:36 de la mañana entró el poeta a la habitación. La vida era un fraude, yo, hembra, sobraba en el mundo. Los mosquitos no me dejaban dormir.

Esa noche perdí la inocencia. El himen roto fue el cráneo de mi colega. Desde la cárcel dediqué mi tercer libro a su memoria. *Habitación 230*. El Conaculta, hoy difunto, se negó a publicarlo. Los editores de Random House Mondadori, por el contrario, reconocieron el potencial mediático de la obra y la sacaron con un prólogo escrito por un psiquiatra experto en criminales. Ha sido un éxito de ventas. Con las cuantiosas regalías pago las cuotas necesarias para vivir en paz aquí adentro, en el Altiplano. Soy una monja de clausura. El penal es mi convento. Rodeada de ladrones, secuestradores y asesinos, lo confirmo: yo soy la peor. 